

ba mechones de pelo y gotas de sangre; allí se conocía, á la mañana, en lo trillado del circuito, lo mucho que había bregado por desprenderse; mas lo consiguió al cabo. Bien fuera por casualidad, que no se ha dado nunca en favor de ninguna otra alimaña, bien por virtud de su maravilloso instinto, el oso pisó con la mano que tenía libre el muelle del cepo, y pudo abrir éste lo necesario para sacar la que tenía presa. Cuatro días despues vieron los pastores un oso que andaba con la mano izquierda encorvada y sin posarla en el suelo.

* * *

De las carnes, cuando el oso las coge afición, con la que más comunmente se regala, es con la de merina, ya por ser mejor y más tierna, ya por la menor dificultad de procurársela. De modo que, en los cuatro meses que las merinas están en las montañas de Leon, tienen los dueños de las cabañas un censo con el oso. Al rebaño, cuya majada está á la falda de algun monte espeso, ya se sabe, el oso va todas las noches ó casi todas, coge una merina debajo de un brazo, y á veces dos, una debajo de cada uno, y se marcha á cenarlas tranquilamente en lugar retirado. No importa que haya perros, como los suele haber, pues todos los rebaños de merinas suelen tener cuatro ó cinco mastines enormes de esos que se arre-

glan perfectamente con dos ó tres lobos cada uno; no importa que los perros den cuenta de la furtiva y silenciosa visita del oso, que no siempre la suelen dar, y salgan á perseguirle: no les tiene miedo porque sabe que de frente no le han de morder: si se le acercan demasiado se para y se vuelve á mirarlos muy tranquilo; y despues que le ladran un rato y se desaniman, vuelve á andar otro poco sin soltar la presa, hasta que consigue alejarse.

Los pastores conocen pronto en el ladrido de los perros cuándo ladran al oso, porque le ladran parados, no latiendo ó japeando como cuando corren tras del lobo ó de algun otro bicho que huye; pero aunque al oír el ladrido de los perros acudan á perseguir al ladrón con la escopeta, lo más que suelen conseguir, y esto no siempre, es que deje las merinas que llevaba, ahogadas ya por la violencia de su abrazo mortífero, sin perjuicio de volver más tarde por ellas ó por otras, á ver si coge á los perros y á los pastores más descuidados.

No es raro que la custodia del rebaño esté encomendada en las noches de verano á un par de rapaces, el motril y algun hijo del rabadan ó del compañero, que sustituye á su padre ocupado con las faenas agrícolas: tampoco es raro que esté el motril solo, porque algun otro pastor grande que debiera estar con él en el chozo se ha ido de ronda. En estos casos, los rapaces que tienen ya conocimiento

de las costumbres y de las debilidades del oso y han oído hablar del miedo que tiene á la lumbre, salen del chozo con un tizon en la mano, dando voces y dirigiéndose hacia donde suenan los ladridos, y se da el singular contraste de que un niño con un tizon pone en fuga á la fiera que se está burlando de media docena de mastines.

Despues que las merinas salen de la montaña de Leon para Extremadura, es cuando el oso, ya empicado á la carne, suele atreverse con las vacas. Cuando esto sucede, como quiera que el oso no suele contentarse con menos que con matar cada día una, de la cual come lo que le está bien y empoza lo restante por si acaso al día siguiente no puede matar otra; y como los dueños de las vacas, que son propietarios en pequeño, no pueden soportar la pérdida de ellas como soporta la de las merinas el acaudalado ganadero de trashumante, no hay más remedio que acechar el oso ó disponer un ojeo contra él; en fin, en una forma ó en otra perseguirle hasta darle muerte.

La manera como el oso acomete á las reses vacunas, es saltando encima de ellas, poniéndose á caballo, clavándolas las uñas en los costillares, y empezando á morderlas por las agujas. En los primeros momentos la víctima berra, y salta y corre desesperadamente para ver de sacudir de encima al enemigo; pero luego se acobarda por lo regular, si no es una

res de gran poder, y no se mueve hasta caerse muerta.

He oído contar en Pedrosa á contemporáneos del suceso, que una vez un oso muy empicado á las vacas, hallándose el ganado en el sestil, en el monte llamado los Avellanos, cerca del collado de Valdagrín, se montó á traición sobre un toro enorme de seis años que estaba echado. El noble cornúpeto, despues de hacer inútiles esfuerzos por soltar la carga tuvo el instinto de echar á correr hacia el pueblo con el oso encima, que iba comiéndole por las agujas. Así anduvo como cosa de media legua, hasta un molino que hay cerca de las casas, donde el oso tuvo miedo á la gente, y echándose abajo se volvió hacia el monte. Pero el toro estaba ya tan mal herido que á los pocos pasos cayó sin aliento.

Tambien hay osos aficionados á la carne, que en vez de perseguir á las merinas ó á las vacas, se dedican á las ovejas del pais. No es frecuente, porque este ganado suele andar mucho tiempo fuera del monte, por los restos, y casi siempre cerca de los pueblos; pero así y todo se dan casos. Muy recientemente he conocido una osa jóven que pasó todo un verano regalándose con ovejas y corderos, y había perdido la vergüenza de tal manera que á veces venia á comérselos cerca de las casas. Al principio se echaba la culpa á los lobos: volvían del pasto heridas algunas

reses, y se creía que los lobos las habían mordido; faltaban otras, y se creía que los lobos eran los autores de la falta. Hasta que ya se vió alguna vez á la osa entre el ganado, de día, y no quedó ya duda de que era ella la que hacía el daño.

Despues se encontraron varias veces los despojos de sus glotonerías. Y, cosa particular, siempre dejaba lo mismo. En el sitio en que había devorado la última res se encontraban siempre mechones de lana, tiras de pellejo, las patas, el bandullo y la asadura. ¿Por qué dejaba siempre la asadura? ¿Por qué no se comía esa entraña tan tierna y tan apetitosa? Probablemente, casi de seguro, porque alguna vez la había comido y la había amargado la hiel.

Que no está en el corazon, como cree y escribe Alejandro Pidal, el Director de la Academia, sino en la asadura.

Sí, seguramente la había amargado la hiel, y el recuerdo del amargor la hacía abstenerse de comerla.

Por fin, unos cuantos aficionados á la caza, enojados de sus continuas fechorías, la dieron un cerco en el monte donde más de ordinario moraba. Al sentir los ojeadores salía disimuladamente, muy despacito, como si la cosa no fuera con ella, tratando de escurrir el bulto sin ser vista y darles un chasco; pero tuvo la desgracia de ir á dar cerca de una de las esco-

petas, que la abrasó de un tiro. Aquella misma tarde la trajeron á Pedrosa y estuvo colgada del balcon de una de las casas de la plaza.

Estaba gordísima, ¡tal vida se daba! y se la encontró el butillo atestado de carne fresca sin digerir, recién tragada en el último banquete.

* * *

Hay quien cree que el oso es monógamo, y que aún el macho tiene cuidado de la cría en los primeros meses. No tengo el hecho por bien comprobado, y ni le niego ni le afirmo. La hembra sí, es indudable, que tiene mucho cariño á los esbardos, y que los cuida con esmero hasta que son casi tan grandes como ella. Muchas mujeres no atienden con tan tierna solicitud á sus hijos, ni se toman por ellos tanto interes ni tanto cuidado. Se ha visto á una osa con dos esbardos muy pequeños, perseguida por los cazadores, volverse atras á buscar á sus hijos que no podían correr tanto como ella, y arrostrando valerosamente el peligro, entretenerse con ellos estimulándolos á andar, unas veces acariciándolos y lamiéndolos, y otras veces castigándolos y dándoles azotes en las nalgas.

Un amigo me contó hace ya mucho tiempo este otro caso que no se puede menos de creer, porque era hombre formal y no era cazador.

De vuelta de un viaje á Leon, á caballo como se hacían entonces, en noche clara y silenciosa de invierno con hermosa luna, remontaba por la orilla derecha del Esla el último trozo de la hoz por donde corre este río desde poco más abajo de Pedrosa hasta Cistierna, cuando, pasada ya el agua de Anciles, comenzó á sentir en el monte de su izquierda ruido como de pasos y movimiento de ramas. Le llamó la atención, porque no era de crear que anduviera ganado por allí, pues en aquella época y á tales horas suele estar todo encerrado: se acordó de que podría ser el oso y paró el caballo para hacer oído.

Y efectivamente, á los tres ó cuatro minutos vió que á unos cien pasos más adelante de donde él estaba, una osa con dos esbardillos, saliendo de entre las últimas carcojas, cruzó sosegadamente el camino y una camperita que le separaba del agua, y penetró en el río como en idea de atravesarle. Los esbardos se quedaron en la campera, y notando la osa que no la seguían volvió la cabeza y los reclamó con un sonido gutural, una especie de ronquido no muy fuerte: los esbardos la contestaron con un gruñido suave, como quejándose, pero no se movieron: la osa, desandando lo andado por el agua, se volvió á la campera donde estaban sus hijos, los acarició, los lamió y se volvió al río reclamándolos como antes para que la siguieran, sin lograrlo; desde el

medio volvió á llamarlos inútilmente, y continuó hasta el otro lado como si quisiera hacerles sentir la amenaza de dejarlos solos, pero tampoco alcanzó nada. Entonces la osa volvió á pasar el río en sentido inverso, salió á la campera donde estaban los esbardos, y sin entretenerse á acariciarlos como antes, cogió uno, le aproximó á la orilla del río y de un fuerte empujon le tiró adentro; volvió por el otro, le cogió debajo del brazo, entró con él en el río y le tiró al agua también, continuando su marcha, seguida ya de los esbardillos, que arribaron á la opuesta orilla tras de ella, y todos tres, despues de sacudirse el agua, se internaron en el monte del otro lado.

Así cuida la osa de sus hijos.

Por eso cuando se encuentra una osa con esbardos, que suelen ser dos, y á veces tres, pero muy pocas veces, la manera segura de no dejarla huir y de poder tirarla, es tirar primero á uno de los hijos aunque sea de bien lejos, pues por poco daño que se le cause, la osa vendrá á recogerle y á acariciarle si está herido, y si está muerto á quejarse y gemir sobre él, oliéndole y como queriendo reanimarle. Pero hay que tener en cuenta que se pone furiosa, y si despues de las caricias prodigadas en el primer momento al esbardo muerto ó herido, divisa por algun lado al cazador, se va á él como un rayo, y si no la tira, ó tirándola no la acierta, le despedaza.

Porque, eso sí, la osa con esbardos no respeta al hombre, y le acomete siempre.

* * *

Apuntadas ya las costumbres del oso y sus aficiones y preferencias en la alimentacion, réstame añadir algo sobre el modo de cazarle con más seguridad y menos peligro.

Ante todo, consignaré que el estímulo para la caza del oso cuando no hace daño es, más que el interes, la gloria de matarle. Antiguamente, cuando el unto de oso se usaba mucho más, no sólo en la perfumería sino en la farmacia, el tiro de un oso bueno valía de dos á tres mil reales: hoy, contando con que la piel, si es fina y buena, valga veinte duros, apenas entre el unto y la carne valen otro tanto.

De dos maneras puede hacerse la caza del oso: en acecho, y en montería. Respecto de la primera, es de advertir que para un cazador solo, aunque sea bueno, es siempre muy expuesta: deben ser dos ó tres y llevar buenas armas. Respecto de la segunda, aparte de la gran presencia de ánimo que necesitan los que han de colocarse en las esperas, sobre todo si no han tirado al oso nunca, no hay que recomendar sino el cuidado que es necesario en todas las monterías de no herirse los cazadores unos á otros.

Para cazar el oso en acecho, fuera de las ocasiones ya indicadas de cuando va de noche á robar merinas ó colmenas, ó á comer maíz ó trigo ó fruta, ocasiones que casi siempre se suelen malograr, hay todavía otra, que es el baile. Porque es de saber que la afición del oso á bailar no es toda infundida por los piamonteses, húngaros y búlgaros que la explotan: también el oso libre tiene sus expansiones, que consisten en ponerse de pies y dar saltos y carreras en las inmediaciones de un árbol, llegarse á él, abrazarle, arañarle y descortezarle, separarse de nuevo á alguna distancia y volver á saltar y á correr hacia el mismo árbol, repitiendo la función muchas veces. En este ejercicio, para el que el oso elige siempre un llano en algun collado sombrío y silencioso, se distrae mucho y es fácil tirarle. Para ello, lo primero es conocer el lugar donde se solaza, lo cual no deja de ser fácil, ya por las señales de las uñas en el árbol que sirve de blanco á su buen humor, ya por la repetida huella de las plantas en el suelo, sobre todo cuando está húmedo; despues hay que apostarse á distancia mayor de la conveniente para tirar, con objeto de que al llegar el oso no sospeche ni sienta nada, y cuando por el ruido conozca el cazador que ha comenzado la fiesta, puede aproximarse al bailarador hasta tenerle á tiro.

En éste como en todos los tiros de acecho al

oso, conviene advertirle, llamarle la atención antes de tirarle, no sorprenderle. Dándole una voz, con la escopeta á la cara y teniéndole ya encañonado, mira instantáneamente, reconoce la presencia del hombre y se pone en actitud de huir; tirándole en aquel momento, conserva la actitud adoptada y huye (si no queda muerto en el acto, lo cual no es frecuente) bajo la impresión del miedo que el hombre le causa; mientras que tirándole sin que se entere, arranca en la dirección de donde le fué el tiro, y si se encuentra con el cazador le acomete y le destroza.

No se debe tirar al oso de frente, á no ser que esté de pies, ni tampoco por detrás, sino de lado. El mejor tiro, teniendo mucha seguridad en la puntería, es á las orejas; si se le da bien se le atraviesa la cabeza y cae redondo. Cuando no se tiene tanta seguridad en la puntería, y tratándose del oso es muy raro tenerla, se le debe tirar detrás del brazuelo para darle en el corazón ó en los pulmones, ó un poco por bajo de las agujas, á la parte superior de las paletillas ó á los cadriles para que no pueda andar. Tirarle al vientre es peor que no tirarle, porque se le irrita y no se le coge, pues aunque muera del tiro, morirá después de haber andado media docena de leguas.

Parece á primera vista que la caza del oso en montería, con abundancia de escopetas, ha de ser más segura y menos ocasionada á desas-

tres que la caza en acecho; y sin embargo, sucede lo contrario en la práctica. En la mayor parte de las monterías contra el oso, ó no se le caza, ó hay que andar con él á milagros. Débese esto, unas veces á falta de orden y dirección, y otras á falta de serenidad y de valor en alguno de los cazadores.

Hará unos cincuenta años que en una montería, en Liébana, una osa que tenía ya en el cuerpo tres balazos, no hace falta decir que muy mal dirigidos, cogió á un ojeador por un muslo y le llevaba en la boca. Los cazadores no se atrevían á tirarla de nuevo por no dar al ojeador y pasaban ansias terribles. Al fin uno de ellos se determinó á apuntarla lo más lejos posible del ojeador, al cuarto trasero, y al sentirse herida en las nalgas, por llevar allí la boca á morder, soltó al ojeador y no volvió ya á recogerle.

En Escaro, que es el pueblo donde más osos se matan, no sólo porque hay un monte muy ameno para ellos, sino porque hay una familia de cazadores tan inteligentes como decididos, también hace ya años anduvieron con un oso á tres menos sesenta. Había como tres cuartas de nieve, que á los cazadores les estorbaba bastante. Herido ya el oso de un tiro, huía de las escopetas y cayó sobre un ojeador, derribándole y destrozándole un brazo. Otro ojeador que estaba cerca, y que tenía por toda arma un hacha no muy grande, se abalanzó en

auxilio de su compañero con un valor increíble, y quiso dar al oso un hachazo en el pescuezo, pero el oso se irguió rápidamente, evitando el golpe, y el mozo, con la misma violencia con que iba á descargar el hachazo, cayó de bruces delante del oso. Este inmediatamente le echó la boca á la cabeza, pero afortunadamente sólo cogió el sombrero que se había quedado á la flor de la nieve, pues la cabeza se había hundido más abajo. Mientras el oso mordía y desgarraba rabiosamente el sombrero, otro cazador le dió otro balazo en la cabeza, del cual cayó redondo.

Aparte de estos lances sangrientos, lo más malo que puede pasar y pasa con frecuencia, cuando se va de montería al oso, es no matarle. A veces llega cerca de las esperas, conoce el peligro, retrocede, y si los ojeadores no van muy juntos, se escurre por entre dos ojeadores. A veces se desliza por entre dos esperas sin ser visto ni oído. A veces se dirige á un espera que, al verle, se aturde, tiene miedo y llama al compañero de al lado, y aprovechándose el oso de la advertencia, busca otro camino y se pone en salvo.

Esto de faltar el valor ó la serenidad al que va á tirar al oso por primera vez es muy frecuente, y al mismo tiempo muy explicable, porque la vista del oso en el monte, puesto de pies y atronando con un berrido el contorno, impone muchísimo. Por eso está sucediendo

todos los días que el que ha echado más plantas en el camino del cazadero y el que ha manifestado mayor deseo de que se le coloque donde sea el tiro más probable, cuando ve llegar al oso tiembla y se asusta y no tira, ó si tira no acierta; por eso hay un refran que dice: «Bien habla Alonso cuando no ve al oso.»

LA CAZA DEL JABALÍ CON NIEVE

I

Siendo el jabalí tan comun en España, claro es que casi todos los lectores saben perfectamente la manera ordinaria de cazarle. Todos saben que se le caza á tiro, de espera, con ojeo ó sin él; lo primero, de día, juntándose muchos cazadores y cerrando con un cordon de escopetas las salidas naturales del monte que se ha de batir; y lo segundo, de noche, yendo á esperarle, uno ó dos cazadores nada más, á los sembrados, donde acude á comer las porretas, ó á los llamardos, donde suele ir á revolcarse.

Pero la caza del jabalí á venablo, aprovechando la ocasion de que la nieve le impida correr; esa caza tan fatigosa, tan llena de accidentes y tan divertida, sin dejar de ser arriesgada, es de seguro para la mayor parte de los lectores desconocida por completo.

Como que sólo es posible en parajes donde caigan fuertes nevadas, y que al mismo tiempo sean amenos para los jabalíes, dos condiciones bien difíciles de reunir. Por eso, y por la vocación especial que se necesita para arrostrar la fatiga y el peligro, se halla esta caza reducida casi exclusivamente á una estrecha zona de la montaña de Leon, cuyos hermosos robledales y hayedos reúnen aquellas dos condiciones, y entre cuyos naturales jamas el valor anduvo escaso.

No siempre que nieva ni siempre que cae una nevada fuerte se pueden cazar los jabalíes: es menester que sea al principio del invierno, es decir, que la nevada grande sea la primera de la temporada; porque si la primera nieve que cae no es bastante para detenerlos, abandonan en seguida la alta montaña, corriéndose hacia las últimas estribaciones de la cordillera, donde la capa de nieve nunca es tan espesa que les quite de correr, ni tan duradera que les prive de alimentarse.

El jabalí tiene el instinto de mejorar de clima en el invierno: conoce que hacia el Mediodía está mejor; pero ese instinto no es en él bastante fuerte para vencer la glotonería ó el afán de comer bien, y cuando tiene á su disposicion abundancia de hayucos y bellotas, que son sus manjares favoritos, no se retira hasta que no le avisa la nieve. Y si la nieve, en lugar de avisarle con una telita delgada, se

deja caer de repente en cantidad considerable, ya no puede huir y queda prisionero.

En el valle de Valmanzano, de Pedrosa del Rey, y en el valle de Ormas, de Riaño, por ejemplo, hay siempre en el verano y en el otoño manadas de jabalíes, que pasan una vida tranquila y regalada, como la de algunos señores, comiendo cuanto les lleva el pellejo y durmiendo á pernil suelto lo que les da la gana.

Un día, ó una noche, empieza á nevar, y los jabalíes se encaman en el primer sitio á propósito que encuentran; por lo regular entre una mata de acebos, cuya hoja permanente, dura y espesa, les preserva de la nieve casi en absoluto.

Al día siguiente, ó á los dos ó á los tres días, en fin, cuando pára de nevar, los jabalíes se levantan de la cama y tratan de enterarse de lo que ha pasado. Si ha nevado poco, si la capa de nieve no tiene más espesor que media cuarta, ó cosa así, gruñen allá en su idioma: Pies, ¿para qué os quiero?, ponen la jeta al Mediodía, toman el trote y no se páran hasta Ríocamba, el monte de Almanza, donde será muy raro que les llegue á incomodar la nieve.

Pero cuando la capa de nieve que ha caído mide una vara, ó por lo menos tres cuartas de espesor, entonces se vuelven á la cama á esperar allí lo que venga.

Que será algun cazador, de seguro.

¡Buenos son aquellos montañeses para desperdiciar estas ocasiones!

En cuanto ha parado de nevar, y algunas veces sin que pare del todo, como vean que la nieve que ha caído es bastante para detener á los jabalíes, comienzan los aficionados á avisarse unos á otros y á calzarse para salir á caza.

Y aquí al lector discreto se le ocurrirá seguramente hacer esta pregunta: Si la nieve es tanta que no deja andar á los jabalíes, ¿cómo andan los hombres?

¡Ah! En esto precisamente consiste lo más hermoso de esta caza. En esto se ve una manifestacion más del poder que Dios concedió al hombre sobre todos los animales. En este detalle insignificante, lo mismo que en el barco que camina por el mar, lo mismo que en la locomotora que horada los montes, lo mismo que en el pararrayos, lo mismo que en la brújula, se ve al hombre, á quien Dios constituyó rey de la creacion, anular á su antojo ó utilizar segun le conviene todas las fuerzas de la naturaleza creada. Aquí, como en el arte del toreo, de que abominan muchos insensatos, se ve á la inteligencia dominando á la fuerza.

El hombre, como inventó para pescar y comerciar la manera de andar sobre las aguas y dominar los mares, ha inventado tambien para cazar las fieras presas en la nieve, que es otra gran fuerza natural, la manera de andar sobre la nieve sin hundirse.

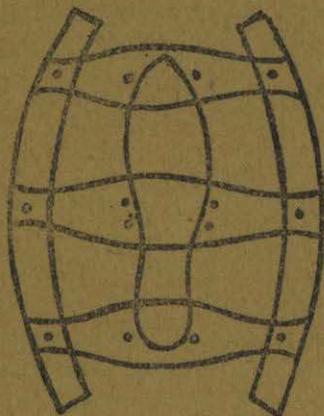
La nieve no es un cuerpo líquido, pero es un cuerpo blando, y la ley que rija la manera de sostenerse otros cuerpos sobre la nieve, necesariamente ha de tener analogía con la ley de flotacion en los líquidos. Pues bien; sin haber leído las teorías de Arquímedes, y acaso mucho antes de su famoso *jeureka!*, observaron los montañeses de Leon que al posarse un cuerpo duro sobre la nieve desalojaba un volumen de ella mayor ó menor, segun la nieve estuviera más ó menos densa ó apelmazada y segun el cuerpo fuera más ó menos pesado, pero en igualdad de circunstancias, es decir, en la misma nieve y con el mismo peso, siempre el mismo volumen; y se les ocurrió que este volumen, siendo constantemente el mismo, podría perder en profundidad ganando en latitud y longitud, de donde fácilmente pudieron deducir como ley, que el hundimiento de un cuerpo sólido en una masa de nieve determinada, está en razon directa de su peso ó inversa de su base.

No creo yo que ellos formularan la ley así; pero la pusieron en práctica inventando los barahones, calzado supletorio del cazador, que tiene por objeto ensancharle la base.

Los barahones fueron probablemente en su principio unas tablas lisas rectangulares, de una pulgada de espesor, una tercia de longitud y una cuarta de anchura. Pero más tarde, el deseo de quitarles peso y añadirles comodi-

dad les debió de ir perfeccionando poco á poco, hasta llegar á darles la forma que hoy tienen.

Compónese el barahon actual de dos zancas curvas de poco más de una tercia de largo, dos pulgadas de ancho y media de grueso, enlazadas por tres cadenas, pregadas en los extremos para sujetar las zancas. Tanto éstas como las cadenas han de ser de buena madera, usándose



generalmente el haya, que á la condicion de ser muy resistente, reúne la ventaja de pesar poco. En el centro de las cadenas hay unos agujeros por donde pasan unas correas que sirven como de asas para sujetar el barahon al pie. Despues de bien calzado éste con zapato ó con coricia y bien arrebutada la pierna en la angorra hasta la rodilla, se sienta el pie sobre el barahon y se sujeta por medio de una

cuerda de guita, que se hace pasar por las asas de correa ya mencionadas.

Así preparado el cazador, untando los barahones con jabon ó con sebo para que la nieve no se pegue y no enzanque, y teniendo cuidado, hasta adquirir costumbre, de enarcar el paso, ó sea de volcar un poco el pie al levantarle para no enganchar el barahon en la otra pierna, á lo cual ayuda tambien la curvatura, puede andar por la nieve sin hundirse apenas, y perseguir y dar alcance á los jabalíes y áun á los corzos.

Cuando la nieve no llega á una vara, áunque detiene mucho á los jabalíes, no llega del todo á sujetarlos; entonces es menester disponer con cuidado la cacería, cercando en silencio el cazadero, y conviene llevar alguna escopeta, porque es más difícil que los jabalíes lleguen á ponerse á golpe de venablo. Pero si la nieve es más de una vara, en teniendo cuidado de ocupar los arroyos, únicos sitios por donde los jabalíes pueden huir, no hay más que dar ruido para que salgan de la cama y tener el gusto de verlos calzonear y embozarse entre la nieve.

El jabalí sale bufando y queriendo correr: pero se estaca al primer brinco. Entonces levanta la jeta para respirar, y va rompiendo poco á poco la nieve con el pecho, formando una canal enorme. El cazador echa á andar detras. En cuanto el jabalí se cansa de rom-

per y ve que es imposible la huída, se vuelve como un rayo por su misma huella á acometer al cazador. Este se separa dos pasos á la izquierda de la huella, pisa fuerte para afirmarse en la nieve, coge el venablo con las dos manos en ademan de esgrimirle, y espera. Llega el jabalí, y en el momento en que tuerce el hocico hacia el lado contrario para dar con más fuerza la colmillada sobre el cazador, éste le presenta el venablo delante del brazuelo y le hiere sin dificultad, porque el bicho mismo se clava al dar el golpe. En seguida es necesario apretar los puños y tener al jabalí sujeto hasta que se desangre, pues si se suelta el mango del venablo, el jabalí morirá, pero habrá destrozado antes al cazador en las ansias de la muerte.

No es bueno hacer mucha fuerza al herir, porque si se rompe el mango del venablo, ó el hierro resbala en el cuero y no entra, el cazador cae de bruces delante del hocico del jabalí, y el peligro es inminente. Para esto es bueno que sigan siempre al jabalí dos cazadores.

De todos modos, la operacion parece sencilla; mas lo cierto es que para esperar y clavar el venablo á un jabalí de esos de nueve ó diez arrobas, grande como un añojo, y que afila y castañolea unos colmillos de media cuarta, se necesita valor verdadero.

II

Expuesta en el artículo anterior la teoría, hay que decir algo de la práctica, refiriendo sencillamente algunos lances.

Me acuerdo mucho de la primera vez que fui á caza mayor; y por cierto que lo tenía bien deseado. Pero como en la época de la nieve siempre solía yo estar fuera de casa por causa de los estudios, nunca se me lograba el deseo, que crecía cada vez más con las relaciones que mis paisanos me solían hacer de lo sucedido en el invierno, cuando volvía á la villa natal despues de terminado el curso.

A una epidemia de viruelas ¡quién lo había de decir! debí la dicha inefable, pues por tal la tenía yo, de ir la primera vez á caza con nieve. Los médicos, en vista de la extension aterradora del contagio, aconsejaron cerrar temporalmente los establecimientos de enseñanza, y me encontré en mi pueblo en pleno invierno con orden de no volver á la ciudad hasta nuevo aviso.

Sólo faltaba ya que diera en nevar, y efectivamente, una tarde comenzaron á caer copos. Pidiendo á Dios que nevara mucho, comencé yo á reunir los aparatos de caza: barahones, pellejas, cuerdas, todo lo tuve en orden antes de acostarme. A la mañana estaba ya el suelo cubierto y aun siguió nevando todo el día y

toda la noche. Hubo sus dudas al otro amanecer sobre si salir ó no salir, fundándose los que estaban por la negativa en que había poca nieve (tres cuartas escasas), y en que aun no había parado de nevar, y si no aclaraba el día nada se podría hacer más que perder el tiempo y el paseo, siendo mucho más acertado dejarlo para el día siguiente. Pero los que eran de opinion de salir en seguida, opinion á cuyo triunfo consagraba yo toda mi pobre elocuencia natural, con más la que acababa de aprender en la *Retórica*, alegaban que el día no tenía del todo mala traza y probablemente aclararía; que si bien era cierto que había poca nieve en el pueblo, en el monte siempre habría algo más, y, por último, que en dejarlo para el día siguiente se corría el peligro de que nos llevaran los jabalies los de Siero, que regularmente estarían ya en la Majada Vieja.

Y diciendo y haciendo, los que sosteníamos esta opinion, que al fin prevaleció, para obligar más á los otros, nos íbamos calzando.

Salimos once ó doce, y no lo pasamos bien á primera hora, porque nevaba mucho y había torvas que cortaban la respiracion, tanto que no faltó quien dijera: ¿Vamos á volvernos?... Pero esta proposicion, en honor de la verdad, no solamente no fué aceptada, sino que fué muy mal recibida. ¡Volvernos!...

Ademas de ir calzado con todas las reglas del arte, segun atras queda descrito, y bien abri-

gado con un marselles de paño grueso, llevaba yo en lugar de sombrero un *pasa-montañas*, gorro que era entonces muy de moda, y que injustamente ha caído en desuso, pues era muy útil para el caso. Podía usarse de modo que pareciera una gorra ordinaria con visera y todo, pero echando abajo una faja de tartan que le rodeaba y abotonándola por delante, tapaba perfectamente las orejas, la cara y el cuello, no dejando al descubierto más que los ojos. Algun otro cazador llevaba gorro igual, y los demas unas gorras de pellejo de cordero, tambien casi extinguidas ya, con unas alas que se llevaban caídas ó levantadas, segun fuera conveniente, y que llevándolas caídas cubrían las orejas y los carrillos.

Así pudimos resistir la cellisca hasta eso de las nueve que comenzó á calmarse el viento y á abocanar, quedándose despues un día muy hermoso.

Cuando llegamos á la Majada Vieja, el monte más ameno para los jabalies, á unos tres cuartos de legua de la villa, estaban allí ya efectivamente los de Siero, y acababan de echar un jabalí, pero uno solo; cosa que no extrañó nada á los inteligentes, porque estábamos á mitad de Enero, y mucho antes, por Santa Catalina, había caído ya una telilla de nieve que podía haber sido el aviso de emigracion para los cerdosos.

Así había sucedido. Sólo aquél se había que-

dado, no se sabe por qué, quizá por enemistad con algun otro de la camada, y áun aquél no pudimos cazarle.

Rompía la nieve con demasiada facilidad, porque era poca, y libre del primer cerco que los madrugadores de Siero no dispusieron bien, bajó al hondo de Valmanzano, tomó la solana y cruzando los valles secundarios ó afluentes llamados Val-de-las-cortinas, Valmañida, los Avellanos y el Bijueco, siguió decididamente al Norte, saliendo á Pradecin bajando al río Esla, cruzándole impertérrito y encaminándose por Valmedian al término de Riaño, al Valle de Ormas.

Nosotros le seguíamos con constancia, cruzando valles, subiendo y bajando lomas, pero no lográbamos tenerle á tiro, pues aunque en las subidas andábamos algo más que él, en las bajadas nos sacaba mucha ventaja. Cuando llegamos á Pradecin á eso de mediodía, y le vimos cruzar las tierras de la Vega, despues de haber pasado el río, y dirigirse á la cuesta de enfrente, yo, que era todavía un rapaz y que por primera vez andaba en tales fatigas, no daba ya por mi vida un cuarto.

Verdad es que al que más y al que menos no le sobraba gran cosa, y á todos nos supo muy bien un trago de vino, un rebojo de pan y un chorizo crudo.

Algunos de mis compañeros, reanimados con aquel tente en pie, siguieron por el rastro

del jabalí, pasaron el río tras de él y tras de él se fueron hasta Ormas á ver si allí rendido se encamaba y podían apiolarle. Los demas bajamos hacia Pedrosa, de donde habíamos vuelto á estar muy cerca, á pasar el río por el puente, con ánimo de dirigirnos despues á boca del Valle de Ormas, no fuera que el jabalí, cansado de romper nieve, se echara al arroyo abajo. Pero creyendo que no podía correr todo el valle tan pronto, nos entretuvimos á comer en casa, y esto fué lo que nos perdió. Cuando salíamos en direccion á boca de Ormas á esperar allí al jabalí, nos encontramos con el correo-peaton que venía de Riaño y nos dijo que habían matado un jabalí junto á las casas.

Era el mismo. Había bajado por el arroyo de Ormas y había llegado hasta un molino que hay muy cerca de Riaño. El molinero, que no creía posible en un jabalí aquel aparente principio de domesticidad, creyó que sería un cerdo escapado del cubil; mas cuando se convenció de que era un jabalí, dió voces, alborotó el pueblo y salieron todos á darle caza con lo primero que encontraron, quién con escopeta, quién con venablo, quién con hacha, quién con horea de cargar hierba, formando el conjunto más desordenado posible. Algunos señores salieron á caballo, y por cierto que á un pariente mío que lo hizo así, se le metió el jabalí debajo del caballo, sin que pudiera tirarle por no dar

á alguna persona, y de una hociada les echó al caballo y al caballero á rodar por la nieve, sin otras consecuencias que el refresco y el susto. Pero á otro, al Registrador de la propiedad, le dió un colmillazo en una pierna del que tuvo que curar para todo el invierno. Al fin le mataron, pero se había defendido bien, pues había corrido aquel día unas tres leguas.

Unos años despues, pasé otro invierno en casa, merced á la libertad de no asistir á clase que nos otorgara la *gloriosa*, que así soliamos llamar á la revolucion de Setiembre del 68; y no habiendo nevado apenas en todo el invierno, cayó una nevada muy fuerte en el mes de Marzo.

Nadie creía que hubiera jabalíes, pero podía haber corzos, y salimos á caza. El primer día fuimos al valle de Valmanzano, y, en efecto, encontramos cinco corzos y los cinco cayeron. Yo maté dos á tiro, pues no llevaba venablo sino escopeta, y los otros los mató, tambien, á tiro, Joaquín, aquel mi compañero de la caza de faisanes. Esta vez había mucha más nieve que la anterior, unas cinco cuartas, de modo que ni los corzos podían huir muy largo.

Al día siguiente dispusieron los directores de la partida repetir la expedicion, pero hacia el Norte, hacia lo de Riaño, donde debía de haber corzos tambien, y era posible que trajéramos otros tantos, con lo cual tocaríamos á medio corzo, porque éramos veinte.

Me avisaron muy de mañana, pero estaba tan molido de la jornada anterior, y tenía tanta pereza, que tardé mucho en levantarme, de modo que cuando me empezaba á calzar iban ya los otros á la cuesta arriba. Se quedaron dos á esperarme para que no tuviera que ir solo, y así que estuve preparado, seguimos los tres la huella de los demas, que ya trasponían el monte.

Había que subir á la collada Ventanal que está á unos trescientos metros sobre el pueblo, y despues por la Cantera, al escobal de las Llampas, en junto unos quinientos metros, bajar otro tanto hasta el valle de Sosa de Ormas, y volver á subir á la Rода, que era donde estarían los corzos. Al llegar á la collada dicha notamos á la derecha un rastro y quisimos examinarle, viendo con sorpresa que era de un jabalí y que no iba en la direccion nuestra, sino en la contraria: bajaba hacia el pueblo. Y digo que lo vimos con sorpresa, porque, en primer lugar, era extraño que aquel jabalí no hubiera emigrado en todo el invierno; y ademas ¿cómo no habian visto el rastro los cazadores que iban delante ó cómo no le habian seguido?... Sin embargo, el rastro estaba claro y reciente: no había duda. El jabalí estaba, segun se vió despues, encamado en el escobal de las Llampas, se había despertado al pasar por allí nuestros compañeros, saliendo al escobal arriba, y por la dificultad de rom-

per la nieve en aquella direccion, se había vuelto hacia la solana.

Echamos los tres á la cuesta abajo por el rastro, y despues de bajarla casi toda, en un hoyo cercano á los prados, advertimos que el rastro llegaba á un corro de escobas que había al pie de un roble y de allí no salía.

—Aquí está—dijo el que iba delante, que llevaba escopeta como yo, pues el otro llevaba venablo. Dimos unos gritos para que saliera, y levantó primero la cabeza y despues todo el cuerpo, haciendo un bulto como un novillo, pues á más de que era muy grande, los pelos del lomo encrespados, le daban una cuarta más de altura que la que tenía realmente.

No trató de huir, sino de venirse sobre nosotros. El que estaba delante se echó la escopeta á la cara para tirarle, pero al afirmarse en los pies para apuntar mejor, cayó de espaldas y se zambulló entre la nieve. Había pisado sobre una escoba que al empezar á nevar se había doblado, dejando un hueco imposible de advertir, lo cual sucede en el monte con harta frecuencia. Entonces me adelanté yo y le tiré atravesándole con la bala la parte superior de ambas paletillas. Se cayó de adelante, pero con la parte trasera en pie, aun se arrastraba hacia nosotros castañoleando con los colmillos de un modo terrible. Era la primera vez que me veía delante de una fiera así, y confieso que sin la confianza que me daba el tener al lado

un compañero dispuesto á esgrimir el venablo, me hubieran temblado las piernas y quizás hubiera errado el tiro. Nos acercamos, le clavamos el venablo delante del brazuelo para que se acabara de morir pronto, le arrastramos sobre la nieve hasta la villa, y volvimos á subir la cuesta, yendo á reunirnos con los compañeros, que andaban tras de los corzos por la Rода, y que al contarles nuestra aventura del jabalí creían que les dábamos una broma.

Á pesar de lo arriesgado de esta caza, no he sido testigo en ella de ninguna desgracia, ni apenas tengo noticia de que hayan sucedido.

Sólo he oído contar que una vez al ir un cazador de Pedrosa, á quien llamaban de mote el *Pelegrin*, á picar un jabalí en el valle de Ormas, se le rompió el mango del venablo y cayó sobre el bicho, que de un colmillazo le rajó el vientre de arriba á abajo, en términos que se le veía la tela del unto. Pero afortunadamente no le rompió ningun intestino; un sastre que iba en la partida le cosió la piel con una aguja ordinaria, le mojaron la herida con vino, le llevaron hasta casa en silla de la reina, y á los ocho días estaba curado.

EL POZO DE LOS LOBOS

Así se llama en Pedrosa del Rey un collado de la divisoria entre el valle de Valmanzano y la cuenca principal del Esla.

¿Hubo allí antiguamente una trampa destinada á coger lobos?

De seguro. El nombre de *Pozo de los lobos*, la frecuencia con que por aquel collado transitan estos enemigos del país, la señal evidente de haber habido un pozo en medio del collado, donde todavía se reúnen las aguas cuando llueve, y la existencia actual de otro pozo de este género en Valdeon, cinco leguas al nordeste de Pedrosa, son indicios que no dejan racionalmente lugar á la duda.

También en Prioro, dos leguas al Sur, hay otro collado, no menos lobero, conocido con el nombre de *Corral de los lobos*, y en otros pueblos que no recuerdo ahora, tengo idea de haber oído que existen sitios con nombres análogos, lo cual hace creer que en lo antiguo,

allá cuando la vida comunal de los pueblos era más extensa y más vigorosa, antes de que el liberalismo viniera á relajar los vínculos sociales y á dar rienda suelta á los egoísmos del individuo, había en todos los concejos de aquella montaña un pozo para coger lobos, establecido y servido comunalmente, á la manera como todavía se conserva el de Valdeon, del que quiero dar idea á los lectores.

El valle denominado VALDEON, antiguamente VALLE DE EON (*in valle Eone*, que dicen las escrituras del monasterio de Sahagun de los siglos X al XII), tiene etimología claramente vasca; *Eon* significa en vascuence *quietud, estar quieto*, y es un significado que cuadra perfectamente al valle, cuya tranquilidad y cuya atmósfera pesada hacen á sus moradores perezosos y tardos. Está situado este valle en la vertiente setentrional de la cordillera Cantabro-Astúrica; de modo que debía pertenecer á Asturias; pero ha pertenecido siempre á Leon, lo mismo que el valle de Sajambre que, más al Occidente, ocupa una situación análoga, porque teniendo comunicacion, aunque no buena, con Leon, por los collados de la divisoria, denominados Pandetrave y Ponton, con Asturias no tenían comunicacion ni buena ni mala.

Porque el río Cares, que nace en Valdeon, y el Sella, que nace en Sajambre, para bajar el primero á Arenas de Cabrales, y el segundo á

Cangas de Onis, pasan á través de los célebres Picos de Europa, por estrechas hoces inaccesibles á la humana planta. La hoz del Sella, denominada el Beyo, ha sido abierta recientemente por la carretera de Sahagun á las Arriendas; pero la hoz del Cares no se ha abierto ni hay trazas de que se abra.

Tiene Valdeon nueve pueblecillos que forman un solo Ayuntamiento, y son, comenzando por los más altos, Santa Marina, Prada, Caldevilla, Soto, Posada, Los Llanos, Cordiñanes, Cain de Arriba y Cain de Abajo. Entre Cordiñanes y Cain está el extenso monte llamado Corona, donde hay una ermita de la Virgen que lleva el mismo título y donde se celebra romería el 8 de Setiembre. Más abajo de Corona, en el paso para Cain, hay un puente romano completamente vestido de verdura, único indicio, pero indubitable, de la dominación romana en aquellos lugares agrestes.

Limita el valle por el Este y le separa de la provincia de Santander el grupo oriental de los Picos de Europa, coronado por la peña de Liordes, que es de entre todas la más alta; por el Mediodía le separa de los pueblos de Portilla, Barniedo y Cuénabres, la cordillera Cantabro-Astúrica, de la que los Picos de Europa, mucho más altos que ella, no son sino estribaciones setentrionales; por el Poniente le separa de Sajambre el grupo occidental de los referidos Picos, coronado por Peña Santa, y

por el Norte, hacia donde corre el río, un límite puramente convencional le separa de Asturias.

Desde Cain hay una senda que sube á lo alto del grupo occidental de los Picos y desciende á Covadonga, senda más propia de rebecos que de hombres. Sin embargo, aunque parezca increíble, como la necesidad carece de ley, que dice un refran, y otro añade: «apurado te veas para que lo creas», por esta senda, en sentido contrario al en que la he descrito, pasó de Asturias á Cain, al principio de este siglo, el Marques de la Romana con toda su gente y algunos caballos, y subió de Cain á Valdecin, por donde tambien el paso de caballería, hasta hace unos treinta años que se reformó algo la senda, se tenía poco menos que por imposible.

Los lectores me perdonarán que me haya entretenido demasiado dándoles noticias históricas y geográficas de Valdeon sin hablarles de lo principal, del *Pozo de los lobos*, ó del CHORCO, que es como allí le llaman, usando este vocablo que viene á ser aumentativo de CHARCO, pues CHORCO vale lo mismo que charco profundo.

En el monte ya mencionado de Corona, al lado de arriba del camino que va por la orilla izquierda del río, está el pozo famoso, á la vera de un roble grueso y bragado. Tiene de cinco á seis varas de profundidad, próxima-

mente otro tanto de diámetro en la boca, que está cuidadosamente cubierta de ramas verdes, como, al decir de los poetas, suelen estar los pantanos del mundo.

Desde muy lejos, y muy separadas una de otra en los principios, vienen por el monte á dar al pozo dos altas cerraduras de palicios, las cuales, aproximándose cada vez más y estrechando poco á poco el espacio entre ambas comprendido, forman un colosal embudo, cuyo agujero menor es la bragada ó abertura del roble mencionado, en cuyo tronco mueren, apoyadas como tangentes por costados opuestos, ambas paliciadas.

Hállanse éstas vareadas exactamente y repartidas con igualdad por sorteo, para su conservación, entre todos los vecinos del concejo, de modo que cada uno sabe lo que á él le corresponde cerrar y procura tenerlo constantemente cerrado; porque como en el archivo concejil se guarda un apeo de la medida y de la distribución, si en un día de ojeo se escapa un lobo, se averigua en seguida á quién pertenece el portillo ó el saltadero por donde se escapó, y el negligente tiene que pagar un fuerte castigo en vino para convidar á los ojeadores.

Así las cosas, en cuanto un lobo tiene la mala idea de meterse en el monte de Corona y hacer alguna de las suyas, vamos, algo que acredite su presencia, ya le ha caído la lotería.

Corre la voz, se dispone el ojeo á campana tañida, se revisa el CHORCO, renovando su falsa cubierta de ramascas, y despues de tirar cuatro tiros ó dar cuatro voces en las laderas de la derecha del río para que, si el lobo está por allí, traslade su domicilio al monte de la izquierda, ocupa cada cual su puesto bajo la direccion de la autoridad local y de sus delegados, que son los vecinos más expertos é inteligentes, y comienza con toda solemnidad la hacendera.

Por la parte alta y occidental del monte sirve de cierro en un gran trecho el corte vertical de una peña que, ni la mejor muralla; y despues que se acaba este corte entra la paliada; por la parte de abajo es artificial toda la cerradura.

Al principio, cuando el lobo escucha las primeras voces lejanas, cree que la cosa no va con él: por precaucion se va escurriendo al monte abajo, pero sin correr, para no darse por aludido. Despues, cuando ya las voces suenan más claras y más frecuentes, y oye algun tiro y percibe el olor de la pólvora, comienza á sospechar si todo aquel ruido vendrá contra él; pero no se asusta por eso, ni echa á correr todo lo que puede: se contenta con sacar el trote y levantar el rabo para burlarse de los que le persiguen, como diciendo: «¡Sí; lo que es vosotros me vais á coger á mí!... ¡Por el ole!»

Así camina distraído un largo rato hasta que una vez acierta á mirar á un lado y ve una cerradura; vuelve la vista al otro lado y ve otra. «¡Caramba!—dice entonces el lobo, al verse entre cerraduras; porque los lobos no suelen usar esas otras interjecciones más fuertes que usan algunos personajes politicos.— ¡Caramba! ¡Esto ya no me gusta un pelo!» Y trata de volverse atras, por si acaso. Pero ya no es posible. Porque allí hay de trecho en trecho, parte adentro de la paliada, unas chozas donde con anticipacion se apostaron unos vecinos que, despues que pasa el lobo, le tiran una piedra ó un palitroque y dicen á media voz: *¡ahí va!* para avisar á los de más adelante. Algun lobo quiere volverse y acometer á uno de los de las chozas, pero éste le enseña un chuzo que tiene á prevencion, y el animal, no sintiéndose con valor para luchar contra el acero y no viendo tampoco todavía la imperdible, sigue adelante, para que otro desde otra choza le tire otra piedra, y otro otra, y así sucesivamente.

Entonces empieza á comprender el lobo lo grave de su situacion, y si tiene algunos conocimientos literarios, aunque no sea más que como Carulla, ó así, repite con cierta amargura aquel pareado:

«¡Quién pudiera verse fueral
Que esto huele á ratonera...»

El infeliz hace entonces dos ó tres tentativas por saltar la paliciada; pero viendo que no puede, se deja ya de bromas y de reflexiones y aprieta á correr como alma que lleva el diablo.

Cuando ha corrido ya un rato bueno y las cerraduras han ido aproximándose y estrechando la calleja cada vez más, y se cree perdido, pues no le parece que aquello pueda tener buen fin, divisa la bragada del roble como á dos varas de altura sobre el suelo, y dice para sus adentros lobunos: «Allí está mi salvacion: aquello lo salto yo lo mismo que me como un cordero en ayunas, es decir, como me da la gana.»

Con esta ilusion aprieta el paso, llega cerca, da un salto fuerte para dar de rebote otro mayor y ganar la anhelada tronera, la bragada del roble...; pero... antes del roble está el pozo, y al saltar fuerte sobre la mentida alfombra verde que le oculta, se hunde en él con estrepitosa alegría de los que le persiguen.

Entonces, ó se le mata allí á palos y á pedradas, ó si la gente está de buen humor, se le saca vivo. Para esto se corta un largo varal de fresno horcajado en la punta, se coloca la horcajadura del varal sobre el pescuezo del lobo, y agarrándose dos ó tres mozos de fuerza al otro extremo del varal, sujetan á la fiera contra el suelo: baja entonces al chorco otro mozo determinado, pone al lobo un bozo como

á un perro, y tirando luego desde arriba de un cordel atado al collar del bozo, suben al lobo en vilo y le llevan de paseo por los pueblos, para diversion de los rapaces.

Hace pocos años traían por las calles, así embozado y amarrado, un lobo cogido en el CHORCO, y al oscurecer, cuando el ganado venía del pasto, le pusieron cerca una cabra. El lobo, igual que si no tuviera bozo, la tiró un envite con el hocico en direccion á la falda, como para reventarla; pero al mismo tiempo el mozo que le tenía sujeto, temiendo que áun con el bozo puesto hiciera daño á la cabra, le tiró del cordel y no le dejó llegar á ella. El lobo se dejó caer al suelo y no se volvió á levantar. Se había muerto de la corajina.

Y recuerdo que á aquellos sencillos montañeses les asombró muchísimo el caso; porque ya se ve...; apenas entienden de política, ni saben lo que son ciertas pasiones, ni conocen la voracidad de ciertas razas.

Lo demas... Que le hubieran quitado hace años al Gobierno conservador de entre los dientes, como quien dice, los proyectos vulgarmente llamados de subvencion á la Compañía Trasatlántica y de construccion de la Escuadra, y no sé yo que dejara de morir de repente.

EL CAPELLAN DE PRIORO

Hallábame yo hace muchos años en la tribuna de la prensa, del Congreso, una tarde de esas aburridas, en que se discuten presupuestos: hablaba no sé si Polo de Bernabé ó el Marques de Pidal ó Berdugo, y como el tratar de seguir al orador daba sueño, los pocos periodistas que habíamos tenido la paciencia de no marcharnos, sosteníamos en grupos pequeños animadas conversaciones de diversos asuntos, poco ó nada relacionados con lo que abajo se discutía.

Hablaba yo con un joven republicano federal, por aquello de que los extremos se tocan, sobre lo vano, ridículo y costoso que nos iba saliendo el sistema parlamentario, cuando oí á mi derecha estas palabras: «y el oso le llevó el faldon de la levita». Atendí un poco á la conversacion y noté que hablaban de caza y que uno de los interlocutores refería al otro, un tanto desfiguradas, las hazañas más prin-

cipales del celeberrimo cazador leonés, cuyo nombre encabeza estas líneas.

Me llamó grandemente la atención el caso, con tanto más motivo cuanto que ninguno de los dos interlocutores era de mi tierra; pero despues supe que uno de ellos había estado años atras empleado en Leon y allí había oído aquellas narraciones maravillosas que repetía con fe y con entusiasmo.

Cuando al verano siguiente le contaba yo al viejo capellan que en Madrid, en el Congreso, en la tribuna de periodistas era conocido y se hablaba de él y de sus lances de caza, ¡cómo se regocijaba el pobre D. Felipe!

D. Felipe Díez, que así se llamaba el gran cazador, nació el 21 de Mayo de 1811 en Prioro, pueblo de la provincia de Leon, situado á 1.100 metros sobre el nivel del mar, en la falda meridional del Pando, junto al origen del río Cea. Bautizóle su tío y antecesor en la Capellanía D. Julian Díez. Educáronle sus padres cristianamente, y como desde luego le consideraban con derecho á obtener la Capellanía de su tío, cuando éste falleciera, le pusieron á estudiar latin. Por cierto que no debió desaprovechar el tiempo del todo, si se ha de juzgar por su afición á echar latines en las conversaciones.

Cuando tuvo la edad necesaria, vacante ya la Capellanía, fué ordenado *in sacris* á título de ella, y comenzó á ejercer allí mismo, en

Prioro, las funciones que la eran anejas, de coadjutor de la parroquia. Pero escaseando el clero despues de la primera guerra civil, los preladados hubieron de echar mano de él para servir parroquias en economato, y así anduvo de acá para allá, sin volver á residir en Prioro, en su destino, hasta los últimos años de su vida.

Desde estudiante fué ya muy aficionado á la caza y á la pesca, pero como luego fué sucesivamente vicario de tantos pueblos distintos, y los más de ellos muy abundantes en uno y otro ramo, se aficionó cada vez más, hasta llegar á constituir en él estas aficiones un verdadero vicio.

Verdad es que nunca tuvo otro, pues aparte de lo demasiado que se distraía en la caza y la pesca, en la caza principalmente, su conducta fué siempre ejemplar y arreglada á las condiciones de su estado.

De entre las Vicarias que sirvió recuerdo las de Caminayo, La Sota, Retuerto, Carande, La Mata de Monteagudo, Soto de Sajambre, Barniedo, Portilla de la Reina, Piasca y Leveña. En todos estos pueblos abunda la caza, predominando en unos una clase y en otros otra. Mientras estuvo en Portilla, Retuerto y Soto de Sajambre, pueblos próximos á los Picos de Europa ó á sus estribaciones, mató muchísimos rebecos.

Tenia verdadera vocacion de cazador y no le asustaban nunca las penalidades y las fati-